

El valor de la democracia en Demóstenes

*Santiago Álvarez García**

RESUMEN

Los discursos demosténicos, amén del mal de Casandra que los afectaba y que los volvía proféticos de las intenciones últimas de Filipo, suponen una delimitación de cómo debe funcionar la democracia, y de cómo ésta, a través de la búsqueda interesada de una posición de fuerza por parte de la polis para salvaguardar su seguridad ante una amenaza exterior, puede volverse un modelo efectivo capaz de estabilizar el estado de guerra y amenaza permanente que rige las relaciones entre estados. Para demostrar que esto es así, comprobaremos cómo el análisis de las causas de la posición hegemónica de Filipo, que Demóstenes establecía impelido por las consecuencias negativas que sobreentendía traería dicha posición, lo lleva a proponer una reforma estructural de la democracia ateniense y una política exterior que escondía, bajo el ropaje de «justicia» con el que disfrazaba el interés defensivo de Atenas, el supuesto básico de que la expansión de la democracia (entendida como la configuración de una liga compuesta sólo por democracias con Atenas a la cabeza) era el único remedio para volver estable el beligerante marco internacional y garantizar una mínima salvaguardia para la libertad y la justicia.

EL VALOR DE LA DEMOCRACIA EN DEMÓSTENES

En los marciales movimientos, en apariencia incoherentes, que Filipo perpetraba sobre la Hélade, Demóstenes adivinaba una lógica infame que perseguía la ruina de Atenas. Ésta se esclarecía en la disolución de las democracias sobre la que se fundaban sus operaciones, como en el caso de Quíos, Mitilene y Rodas, y en el aislamiento progresivo de Atenas que sin duda alguna perseguían. Para Demóstenes, los atenienses, debido a la defensa de la libertad y la igualdad que su pasado glorioso les presumía, no tenían cabida en el progra-

* Universidad de Sevilla.

ma que para el futuro de Grecia diseñaba el general macedón. Si como sospechaba, Filipo, lejos de convertirse en el conciliador que necesitaba la zona, -bien por la amenaza persa, bien por las discordias entre las diferentes polis-, pretendía el dominio absoluto de la región, no «*elegiría amigos sobre la base de la justicia*», como ocurriría en el caso de tomar a Atenas como aliada en condiciones de igualdad, sino esbirros y «*colaboradores de su propia ambición*». Esta intuición demosténica, criticada por aquellos que como Esquines veían en el general una suerte de paladín de la paz y la concordia, tornaba realidad en la liga oligárquica que iba rodeando a Atenas eliminando el oxígeno necesario para su supervivencia; así como, desnudaba para la asamblea la intención última de destruir la constitución de Atenas que Filipo albergaba, y que Demóstenes denuncia en Sobre los asuntos del Quersoneso: «*contra nada lucha ni intriga más que contra nuestra constitución y a nada en absoluto dirige sus miras con mayor interés que al modo de destruirla*».

El lugar donde se gestaba esta amenaza, allende la frontera de la polis, donde el derecho se confundía con el poder, y la justicia con la voluntad del más fuerte, colocaba a una debilitada Atenas frente a un coloso que según se acercaba, engullía y crecía merced a las polis que previa disolución ocupaba. Para evitar ser parte del voraz festín macedón, Atenas necesitaba conjugar el mayor grado de fuerza posible, en primer lugar para contrarrestar la amenaza de Filipo y destruirlo, y más tarde para convertir su posición geoestratégica en hegemónica. Cómo conseguirlo, y en función de qué leyes desarrollaría su estrategia, vendría dado por un análisis previo de las causas que explicaban la situación de poder de Filipo. Demóstenes diferenciará dos tipos: unas exteriores a Atenas, que marcarán la dirección de la respuesta ateniense en el exterior, y otras internas a ella y a su constitución.

Dos causas, externas a Atenas, explican el repentino crecimiento del poder de Filipo y su apabullante éxito militar y político: las discordias que existían entre las diferentes polis griegas y la repentina adhesión de aquellas otras que sucumbían a los encantos del poder macedón. Respecto de la primera, las distintas ciudades-estado habían heredado de los continuos enfrentamientos intestinos, que no habían cesado desde la guerra del Peloponeso, una tensa atmósfera de discordia y desconfianza mutua que había fracturado para siempre la unión de Grecia hasta el punto de permitir a Filipo, en virtud de esa indiferencia que se había instalado en el espíritu de las ciudades y que eliminaba del corazón heleno la empatía por el injuriado, lo que ni a los atenienses, ni a los lacedemonios, ni a los tebanos les fue concedido nunca por parte de los griegos, es decir, la facultad de obrar a voluntad sobre los destinos de Grecia, la posibilidad de romper con el equilibrio que mecía los conflictos de la zona, dejando para las retinas de aquellos a los que la memoria concedía el regalo de las glorias pasadas, el lamentable espectáculo de rapiña en el que fagocitaban

su dignidad las distintas ciudades y que Demóstenes describe en el párrafo 29 de la tercera filípica: «antes bien, contemplamos con indiferencia cómo ese hombre se va engrandeciendo, decidido cada uno de nosotros, según me parece, a obtener provecho durante el tiempo en que otro es destruido, y no examinando la manera de que se salve Grecia». El miedo a Filipo no había trabajado aún el sistema nervioso que de alguna forma unía los destinos de las distintas ciudades griegas, y no poseía la fuerza capaz de soterrar el recuerdo de las injurias pasadas, los desmanes e iniquidades; de esta forma, la indiferencia que las separaba, volvía invisible la amenaza aún en ciernes, evitando la aparición de una coalición griega y su posible intervención en defensa de las polis que caían en su poder. El resto de ciudades, aisladas como estaban y sin esperanza, sencillamente se dejaban seducir, ante su inseguridad, por esa atracción magnética que el poder de Filipo ejercía sobre sus limitaciones.

Dentro de cada una de las ciudades, la desconfianza y el abismo entre las distintas clases sociales habilitaban a Filipo para poner en práctica la intriga y el soborno sobre aquellos que codiciaban el poder a expensas de su pueblo. Las sublevaciones oligárquicas dentro de las ciudades se multiplicaban impidiendo la defensa legítima de la ciudad, y allanando el paso para las máquinas de guerra y asedio de Filipo. Se ganaban así los traidores el puesto de nuevos tiranos y a su vez le ahorran al macedón un gasto militar incalculable.

La corrupción, convertida en la savia que alimentaba el tejido social ateniense, era la causa, interna a Atenas, que según Demóstenes favoreció el crecimiento insolente del poderío de Filipo. Pasiones como la envidia, el odio, el egoísmo y la codicia, habían hecho acto de presencia en la polis, generando, no sólo una fractura social que había separado las clases y conseguido que el demos, preocupado tan solo por sus asuntos privados, cediera su papel político a una élite que, corrupta y sin control, ya no velaba por el bien general de Atenas; sino una molición generalizada para los asuntos públicos que había vuelto Atenas inoperante y a sus ciudadanos miopes frente al peligro que los asediaba y del que Demóstenes daba cuenta en la tribuna. Esta decadencia moral fomentaba la aparición de traidores que infestaban los análisis que sobre la seguridad de Atenas se vertían en la asamblea. Estos traidores ejercían su nefasta influencia conjugando distintas debilidades: bien por un deseo de poder y renombre, lo que les hacía obviar la objetividad y pronunciar discursos vanos que edulcoraban la situación en pos del aplauso fácil; bien debido a su corrupción y avaricia de riquezas, merced a la cual, y cedida su voluntad al oro de Filipo, acusaban con calumnias a aquellos que, pecando de impopularidad, proponían medidas acertadas, cegando de esta manera a la ciudad para los asuntos externos que la ponían en peligro, y concentrando su atención en un ajusticiamiento interno y visceral de efectos irreparables como ya ocurriera en Olinto con el malogrado Apolónidas.

Demóstenes denunciará la incapacidad del pueblo ateniense para identificar este tipo de traición describiendo cómo éste ha perdido ese espíritu que en el pasado se convirtiera en azote y temor del bárbaro. Citando el caso de la infamia de Atmio y de cómo las generaciones pasadas inmortalizaron su felonía, mostraba al pueblo, no solo la ausencia de sentido patrio de la que adolecía, sino su incapacidad para reconocer en la codicia desmesurada de un griego un pecado ignominioso. El ateniense ya no odiaba al que recibía dádivas bárbaras, sino que lo envidiaba; había enterrado el espíritu patriótico en su ego inconmensurable, y con su acción, desnudado las fronteras de la polis exponiendo la ciudad a su ruina.

Como consecuencia de todo lo anterior, Atenas había desterrado completamente la libertad de palabra de las deliberaciones políticas. El orador, inmerso en un clima de sospecha y bajo la amenaza de ser duramente vilipendiado si su discurso atentaba contra el hedonismo incurable del pueblo, subía a la tribuna, no con la intención de proponer lo mejor para Atenas, sino aquello que de seguro sabía, agradaría los oídos de un pueblo que, convertido en un tirano que engordaba los afanosos egos de demagogos y traidores, esperaba más la adulación de su pasado heroico, del que inmerecidamente se sentía heredero, que las medidas que lo harían resurgir del letargo en el que permanecía sumido, y salvarían a Atenas de una catástrofe sin precedentes. Esta ausencia de libertad de palabra en la asamblea, obstruía la circulación de medidas y atrofiaba la capacidad exterior de Atenas para dar respuesta a los peligros que se cernían sobre ella, inhabilitando los recursos materiales que sin duda poseía.

Las medidas impopulares que Demóstenes pondrá sobre la mesa persiguen un único objetivo: devolverle al demos su papel protagonista como sujeto político. Una medida ésta, capaz, como si de una cascada se tratase, de traer consigo la regeneración de la libertad y la participación pública, así como el control y el mejor funcionamiento de la política exterior y la efectividad de Atenas en el panorama internacional, pieza clave para resolver la situación trágica que la hegemonía de Filipo suponía. Dos son las reformas que en el interior de Atenas supondrán tales beneficios. De un lado, la constitución de una milicia ciudadana dentro de un ejército permanente; del otro, la ampliación de los impuestos para la guerra.

La creación de una milicia ciudadana permanente traía consigo efectos beneficiosos para la democracia. En primer lugar, evitaba que la seguridad de Atenas dependiera de un solo general, guiado por decretos vanos y al mando de un grupo de mercenarios para los que la defensa de Atenas no iba más allá de las minas acordadas; a su vez, impedía que la atención de la asamblea, cebada por la envidia o los intereses más viles, se dirigiese a los fracasos, ciertos o infundados, en los que éste incurriese, y gestara venganzas personales que la transformasen en una especie de paredón público orquestado por la cobardía y

el egoísmo. De esto deja constancia Demóstenes en la primera filípica cuando afirma: «Porque no es posible, no es posible que un solo hombre sea capaz algún día de realizar para vosotros todo eso que queréis; prometer, sin embargo, y hacer afirmaciones y acusar a fulano y a mengano, eso sí que es posible, pero a raíz de esas prácticas nuestra política se malogra». En segundo lugar, la participación directa en la guerra devolvía al demos su papel activo; lo reinstauraba como sujeto político; inoculaba de nuevo en el espíritu atrofiado del individuo ateniense el genoma que lo constituía en ciudadano, uniendo su voluntad individual a la del resto de los atenienses, y su destino al de la polis. Vinculada su vida a los intereses de Atenas, reclamaría de nuevo su derecho a la participación, recuperaría su parcela de poder, y regresaría al espacio público para que se oyera con fuerza su voz; exigiría razones para las acciones bélicas atenienses, y ejercería un control sobre las mismas, estudiándolas y analizándolas con sumo cuidado. La legislación de la política exterior no tardaría mucho en aparecer y la previsión se convertiría en una máxima política fundamental.

Los impuestos para la guerra suponían también, de forma indirecta, un mayor control sobre los derroteros de la acción exterior de Atenas, y una mayor cohesión social, ya que se ampliaba el número de contribuyentes y se conjugaba el interés individual con el general uniendo para siempre la acción de Atenas al bolsillo de todos sus ciudadanos. La inyección económica que realizaba el poderío militar ateniense también aportaba seguridad económica a Atenas, pues esta seguridad militar mantenía el dinero de los poderosos dentro de la polis, teniendo asegurada su disposición en caso de extrema necesidad y evitando que acabara sirviendo de mortaja para su poseedor o cayendo en manos de Filippo.

Sendas medidas, —la milicia ciudadana y los impuestos para la guerra—, eliminarían la molición en la que agonizaba Atenas y, con ella, el resto de pasiones negativas que lentamente la consumían y la conducían a su perdición. Generarían una reforma moral que reinstauraría el antiguo espíritu ateniense devolviendo al ciudadano su virtud democrática y desterrando de la asamblea a aquellos que atrofiaban y vendían a la patria.

Saneados los conductos que habilitaban la política exterior, Demóstenes propondrá, esta vez siguiendo las leyes que el escenario exterior marca, una política exterior agresiva que en virtud del uso acertado del tiempo permitiría a Atenas no solo alcanzar el mayor grado de fuerza posible, sino encubrir de «justicia» su nudo interés. Lo lograría, de un lado, ejerciendo una actividad militar de escarceo y guerrilla que debilitase a Filippo; y del otro, con un ejercicio diplomático que gestionase las pasiones y divisiones de las polis en pos de configurar una liga democrática que habilitase a Atenas, no solo para enfrentarse a Filippo, sino para encabezar un futuro democrático que Demóstenes creía que dotaría de estabilidad el convulso escenario en el que se había convertido Grecia.

A nivel militar, Atenas no podía buscar una confrontación directa con Filipo, pues no estaba estratégicamente preparada para vencer al macedón en el campo de batalla, así que su política, según Demóstenes, debería reducirse a los ataques constantes y al saqueo como modo suplementario de autofinanciación, de modo que debilitara a Filipo y reactivara la iniciativa ateniense. La otra medida, la más importante sin duda, era la que aconsejaba defender las democracias y los reductos demócratas más allá de las discordias que en el pasado hubieran enfrentado a las polis en cuestión. La petición de socorro de los rodios, antaño encarnizado enemigo en la Guerra Social, serviría de paradigma para el proyecto que Demóstenes urdía. Atenas tenía que movilizar a su favor todas las pasiones que las distintas sublevaciones amparadas por Filipo habían generado en los desterrados -bien del territorio, bien de la libertad-, de las distintas ciudades que formaban ya la liga oligárquica que la asfixiaba. Tenía que volver atenienses a todas aquellas víctimas de las traiciones perpetradas por los oligarcas, ya fuesen rodios, quiotas o mitilenos. Para ello tendría que amnistiar las disensiones pasadas; convertirse, a los ojos de los pueblos, en un régimen capaz de trascender los reducidos confines de su territorio; preparado para encabezar una defensa de la libertad sin distinciones ni fronteras. La clave del truco maestro con el que Demóstenes conjugaría «justicia» y nudo interés estaría en el uso acertado del tiempo. El cerco oligárquico a Atenas era cada vez más estrecho; la pérdida de las democracias en Quíos, Mitilene y Rodas no hacía sino aislarla cada vez más y convertirla en el objetivo claro de todas las futuras iniquidades que perpetraran Filipo y sus esbirros, por ser ésta la única que albergaba tras sus murallas la chispa que encendería la mecha de la libertad en los hostigados espíritus griegos; convertida involuntariamente en el último bastión de la libertad, ávida de aliados para subsanar sus deficiencias militares frente al macedón, y sabiéndose obligada, más tarde o más temprano, al enfrentamiento fratricida, no actuar en defensa del pueblo rodio, guiada por el rencor que alimentaban los enfrentamientos del pasado, suponía asumir el mismo decurso trágico que sus predecesoras padecieron; salir en defensa de aquéllos que habían sido desterrados del goce de su libertad, disfrazaría lo extremo de su necesidad y aseguraría aliados contra Filipo sobre la base de la justicia, a la vez que garantizaría, en caso de victoria, el futuro de Atenas como cabeza de la Hélade. Demóstenes describía los beneficios de esta política en el siguiente pasaje extraído del discurso *Por la Libertad de los Rodios*: «*Y como consecuencia de que eso sea visto por todos, conseguiréis que en todas las ciudades el partido popular haga de la amistad con vosotros la garantía de su salvación; ningún beneficio mayor que éste podría resultaros; obtener de parte de todos, bien dispuestos para con vosotros, un benévolo afecto exento de desconfianza*».

La liga que tomaba forma en los discursos demosténicos para hacer frente a Filipo y proteger los destinos de Atenas de la maliciosa mano bárbara constituía un *novum* respecto de sus predecesoras. Sus miembros, además de las maldades sufridas por parte de un enemigo común, compartían las constituciones democráticas sobre las que se levantaban sus respectivas ciudades, así como la pasión por la libertad que agitaba sus espíritus. Su unión no la precipitaba únicamente la dramática necesidad que urgía el presente, sino la previsión de los beneficios que su mutua ayuda les depararía en el futuro. Alimentada de un panhelenismo identificado con la defensa de la libertad y el derecho, sobreviviría, siempre y cuando alejara la oligarquía de sus fronteras y mantuvieran los principios democráticos como rectores firmes de sus relaciones. Su fuerza, sólida debido a su cohesión e incombustible en virtud de las pasiones que la libertad y su defensa despiertan, no solo plantaría cara a Filipo con garantías de victoria, sino que constituiría una barrera democrática insoslayable para cualquier tirano en el futuro. A su vez, el páramo huérfano de ley que mediaba entre sus componentes, vería reducida su particular dosis de violencia, pues como Demóstenes indicaba en su discurso a favor de los rodios, las guerras entre democracias vendrían siempre motivadas «bien (por) reclamaciones privadas, cuando no han sido capaces los particulares de zanjar sus diferencias por el procedimiento público, o por una porción de territorio, o por cuestión de límites, de rivalidad o supremacía», pero nunca, como en los conflictos contra las oligarquías, «en defensa de la constitución y la libertad». La liga democrática albergaba en su seno una especie de ley tácita. Una ley que Demóstenes imaginaba generaría un nuevo ecosistema político donde la libertad, siempre garantizada inclusive en el enfrentamiento, se convertiría en una frontera infranqueable.

BIBLIOGRAFÍA

- Demóstenes, *Discursos Políticos I*, Madrid, 1980.
— *Discursos Políticos y Privados*, Madrid, 2000.
Jaeger, W., *Demóstenes. La agonía de Grecia*, México, 1976.